

LOS  
GUARDIANES  
DE LA  
HISTORIA

ELISABETTA CAMETTI



La nueva reina del thriller

 Planeta

## Índice

Portada  
Dedicatoria  
Prólogo  
Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30

Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53  
Capítulo 54  
Capítulo 55  
Capítulo 56  
Capítulo 57  
Capítulo 58  
Capítulo 59  
Capítulo 60  
Capítulo 61  
Capítulo 62  
Capítulo 63  
Capítulo 64  
Capítulo 65  
Capítulo 66

Capítulo 67  
Capítulo 68  
Capítulo 69  
Capítulo 70  
Capítulo 71  
Capítulo 72  
Capítulo 73  
Capítulo 74  
Capítulo 75  
Capítulo 76  
Capítulo 77  
Capítulo 78  
Capítulo 79  
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Al tiempo dedicado a construir los sueños,  
porque su valor tiene la fuerza de hacer posible lo imposi-  
ble*

## PRÓLOGO

«Sólo sé que no sé nada.»

El hombre apoyó el libro en la mesa, deslizó los dedos por la brillante cubierta y se detuvo sobre las letras en relieve que componían el título.

«Lo escribió Platón en la *Apología de Sócrates*. Y no hay nada más cierto: somos ignorancia en estado puro. Por cada cosa que conocemos, hay mil que ignoramos.»

Entusiasmado por la idea de lo que lo esperaba, abrió el libro y empezó a hojearlo.

«Y yo debo ignorar incluso lo que conozco, porque soy el Gólem.»

Pasó las páginas hasta la treinta y nueve. Bajo el texto compuesto en Palatino, resaltaban dos imágenes, una junto a otra: a la derecha, la fotografía de un ánfora panatenaica etrusca; a la izquierda, una ilustración en blanco y negro, que reproducía a mayor tamaño las figuras del ánfora para que se apreciaran mejor los detalles.

El hombre no se molestó en reprimir la sonrisa de satisfacción que se abrió paso en su rostro curtido. Sentía en su interior el aumento de adrenalina. Subió el volumen del iPod y saboreó el *Trío para piano, violín y violonchelo n.º 2 en mi bemol mayor D 929* de Schubert.

De una funda de cuero oscuro sacó un par de gafas y se las puso. Recitó en voz baja la dirección de internet acostumbrada y apareció en la lente derecha una leyenda que le solicitaba la contraseña. El hombre pronunció una secuencia alfanumérica y dirigió otra vez la mirada hacia la fotografía.

«¡Vamos, déjate ver!»

El sistema de visión en el interior de las gafas leyó el código impreso en la imagen y proyectó una serie de cifras y letras.

T17122102S

El hombre notó un estremecimiento de placer.

Con la expresión de quien paladea un bocado delicioso, esperó a que un planisferio cobrase forma ante sus ojos.

«¡Vamos, vamos!»

El mapa se fue ampliando secuencialmente. Primero desapareció el mundo para ceder el paso a Europa y, a continuación, sólo se vio Italia. Con instrucciones impartidas de viva voz, el hombre siguió acercando el zoom, hasta llegar al lugar y a la dirección exactos.

«Ahora sé dónde estoy..., la última pieza del rompecabezas..., la meta.»

Asintió complacido en cuanto vio que, por primera vez, el código también revelaba una fecha.

«Falta poco..., poquísimo. La espera ha terminado.»

Entornó los párpados y se quitó las gafas, entregándose a la suave musicalidad de las cuerdas y a la agradable sensación de saberse próximo al objetivo.

Cuando volvió a abrir los ojos, su mente ya estaba concentrada en el movimiento que iría a continuación. Empuñó el teléfono y reservó un billete para el día siguiente. Pocos obstáculos lo separaban ya de la meta.

Se quitó los auriculares, observó una vez más la fotografía del ánfora etrusca y pasó rápidamente el resto de las páginas. En la última, debajo de la línea que atribuía el *copyright* a 9Sense, la editorial que había publicado el libro, destacaba el nombre de la directora responsable: Katherine Sinclair.



## 1

«Cazadores... ¿Qué dios habrá concebido la mala idea de crearlos?»

Jethro Blake miró el reloj: marcaba las cinco y cuarto de la mañana. Aunque era domingo, llevaba más de una hora despierto y ya había repasado mentalmente todas las tareas que tendría que acometer a lo largo de la semana. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. A través de las persianas se filtraba la oscuridad de la noche, fustigada por un ruido nefasto de disparos en la lejanía.

«¿No tenéis nada mejor que hacer, aparte de remover el bosque para sacar de su cubil y perseguir a un pobre animal indefenso? ¿No hay nadie que desee vuestro cuerpo bajo las sábanas por la mañana? ¡Incluso durmiendo le daríais más sentido a vuestra jornada! ¡Maldición! ¿Qué instinto puede impulsar a un ser humano a empuñar un fusil y a apretar el gatillo, sólo por el gusto de disparar?»

Sin vestirse, salió de la habitación, recorrió el pasillo y llegó a la cocina. Abrió el armario sobre el fregadero y sacó la lata del café. Hundió una cuchara y relleno el depósito de la cafetera, que colocó sobre el fuego más pequeño de la cocina. Esperó.

En cuanto se empezó a oír el borboteo, Jethro retiró la cafetera del fuego y se dejó embriagar por el perfume intenso de la mezcla Ankola. Con la taza llena hasta el borde, se dirigió hacia la puerta acristalada que daba a la terraza. La abrió de par en par y salió. Fuera, el aire era límpido y el frío, punzante. Sintió que el hielo se apoderaba de sus pies descalzos, le azotaba la piel, corría por su sangre como un

torrente y le atravesaba la espina dorsal, hasta hacer que su cuerpo temblara y su alma vibrara. Contemplando el cielo ilimitado, dio un sorbo al café.

«Pasado mañana, a esta misma hora, le estrecharé la mano al primer ministro de Japón. Tendremos fondos para la investigación.»

Volvió a entrar en la casa y se metió bajo el agua hirviente de la ducha.

Media hora después, se montaba en su Wrangler Rubicon negro para salir por el camino de tierra, que desde la pequeña fortaleza medieval donde vivía conducía hasta la cima de la colina. Sentado a su lado, en el asiento del acompañante, iba *Jack*, su pitbull albino. Lo había encontrado cuatro años antes, entre bolsas de basura, al pie de un contenedor. Yacía ensangrentado, lleno de mordiscos y casi sin vida. Lo había cargado en el coche y se lo había llevado a casa. Tras ponerle un catéter, el veterinario se había apartado del pobre animal negando con la cabeza: «Los perdedores de las peleas de perros no se salvan nunca. Luchan hasta el final. Siento decírselo, pero no creo que llegue a mañana».

Jethro había pasado toda la noche a su lado. Le había desinfectado las heridas y no había dejado de acariciarle el hocico. Se había quedado dormido sujetándole una pata, arrodillado en el suelo, y al despertar, se había encontrado con la mirada del perro fija en sus ojos. Había decidido llamarlo *Jack*, nombre compuesto por las iniciales de su hermano Jeremiah, su madre Annabel, su padre Conrad y su hermana Kimberly. *Jack* había tardado tres meses en recuperar las fuerzas. Había perdido un ojo y la movilidad de la pata trasera izquierda. Pero estaba a salvo. Y lleno de ganas de vivir.

—¿No me dirás que has vuelto a dormirte?

Jethro tendió una mano y frotó con fuerza el cuello robusto del perro.

Las farolas iluminaban el suelo reseco y, cuanto más pisaba Jethro el acelerador, más saltaba el jeep entre los baches, levantando una densa polvareda. Al llegar a una bifurcación, giró a la derecha y se adentró en un sendero apenas visible entre la vegetación. Las ramas de los arbustos oscilaban sobre el camino y golpeaban las ventanas del vehículo. El Wrangler siguió ascendiendo sin reducir la velocidad, hasta detenerse en un claro.

Jethro se apeó del jeep, seguido de su fiel amigo. Colocó un pie en la rueda delantera y se sentó en el capó, con la espalda apoyada en el parabrisas.

—Ya hemos llegado, *Jack*. ¿También tú sientes el nuevo día que está a punto de nacer?

Agazapado sobre la hierba húmeda de rocío, *Jack* aullaba a la luna, que desaparecía lentamente.

«Soy el hombre más rico del mundo», pensó Jethro, en el momento en que los primeros rayos de sol doraron el cielo.

Durante un instante intemporal, se quedó observando la naturaleza que cobraba vida a su alrededor. No había nada más tonificante para su espíritu.

Cuando el sol le inundó los ojos, se bajó del capó y extrajo un planeador del maletero. Lo depositó en el suelo y le montó las alas. Encendió el radiocontrol de catorce canales y, en cuanto se iluminó la pantalla, accionó el interruptor de arranque. Verificó uno a uno todos los mandos y puso en marcha el motor eléctrico. Con el planeador en la mano, caminó por el prado hasta llegar al punto de máximo desnivel. Extendió el brazo y lo lanzó.

Hizo que ganara altura. Apagó el motor y dejó que el aparato navegara por el aire.

En ese preciso instante, sintió vibrar el iPhone en el bolsillo de los vaqueros.

«¿Quién puede ser a esta hora?»

Sin dejarse distraer, siguió dirigiendo la aeronave en maniobras de viraje, prolongadas caídas en picado y amplísimos bucles. Al cabo de media hora, la hizo aterrizar.

Mientras volvía a su fortaleza, echó un vistazo al móvil. Había una sola llamada perdida.

«Bruce Aron. ¿Qué querrá?»

Rozó con los dedos la pantalla para devolver la llamada.

—Hola, Jethro.

—¡Bruce! Hace siglos que no sé nada de ti.

—Así es. Demasiado tiempo.

—¿Cómo te va la vida? —preguntó Jethro, mientras se acomodaba el auricular en la oreja.

—Sobrevivo. ¿Y tú?

Jethro no pudo menos que imaginar a Bruce, vistiendo su traje azul de raya diplomática, sentado en un sillón de cuero negro, con el pie derecho apoyado sobre la rodilla izquierda, el puro en la boca, la cara regordeta y enrojecida, la papada metida en el cuello de la camisa y el botón a la altura de la barriga sometido a una tensión inverosímil.

—Bien —respondió.

—Espero no haberte molestado mientras estabas entrenando.

—No, tranquilo. Esta mañana me lo he tomado con calma.

—Pero todavía cultivas las artes marciales, ¿no?

—No tanto como antes y nunca al amanecer. Por las tardes, cuando no estoy de viaje y encuentro un voluntario con quien practicar, me mantengo en forma con un poco de jiu-jitsu. Pero, por desgracia, no hay tiempo para todo.

—¿Recuerdas cuando me derribaste de un solo movimiento?

—¿Cuántos años han pasado? —preguntó Jethro—. Fue cuando te propusiste adelgazar y decidiste hacer más actividad física. No eras tú.

—Por lo menos quince años... Nadie creía que con un golpe a mano abierta en plena cara fueras capaz de derribar a un hombre. ¿Cómo se llamaba aquella técnica de combate israelí?

—Krav magá.

—Eso mismo.

—¿Y tú todavía juegas al golf?

—Ahora ya no hago nada. Solamente muevo el brazo para llevar el tenedor del plato a la boca...

—¡Ya es algo! Lo importante es cambiar de mano en cada comida, para que el desarrollo de los músculos no sea asimétrico.

Bruce se echó a reír.

—Oye, bromas aparte, veo tu nombre a menudo en los periódicos. Tus inversiones financieras siguen dando que hablar.

—Sólo porque los periodistas tienen que ganarse la vida. No hay como hablar de especulación para idear una noticia. Es una pena que ninguno de ellos tenga interés en profundizar. Para ellos, no hay más que un aumento de la riqueza personal; para mí, representa creación de nuevos puestos de trabajo y estímulo al desarrollo económico. Pero son conceptos demasiado elevados para los periódicos. La creación de valor no interesa a nadie como noticia.

—Las finanzas son como la política. Todos hablan, pero pocos saben de verdad lo que están diciendo.

—Es el resultado de este mundo de redes sociales en el que vivimos. Pero no creo que me hayas llamado para debatir sobre la evolución de la especie, ¿o me equivoco?

—No, aunque sería interesante discutir contigo al respecto. Y a propósito de evolución, ¿cómo van tus experimentos?

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que los «experimentos», como tú los llamas, no son un pasatiempo para mí, sino el núcleo principal de mis reflexiones?

—A la ciencia todavía le falta mucho para hacer realidad tus sueños, Jethro.

—Ayer, con un impulso neuronal, un chico de trece años logró mover la prótesis del brazo para tocarle la mano a su madre —dijo Jethro conmovido.

—¿De verdad?

—Sí, en uno de nuestros laboratorios en Asia. Y es sólo el principio; los resultados que pueden obtenerse con extremidades robóticas conectadas al cerebro y controladas mediante señales nerviosas son extraordinarios. Mediante sistemas artificiales podremos activar las extremidades humanas paralizadas o reemplazarlas por miembros en perfecto funcionamiento. Nos centramos en el ámbito de la biorrobótica pura, Bruce, la ciencia que ofrecerá una nueva oportunidad a todos los que hayan sufrido amputaciones o padezcan parálisis.

—¡Tengo que llamarte más a menudo! ¡Se me había olvidado tu entusiasmo, y oírte me recarga de energía!

—Entonces te diré algo más: estamos sentando las bases de una auténtica revolución del conocimiento. Son pequeños pasos que algún día regalarán una sonrisa a muchas personas. Y no me refiero solamente a los que han perdido el uso de las piernas o los brazos. Estamos probando implantes neuronales en el interior del cerebro, para devolver el habla a los que ya no pueden expresarse por culpa de un accidente grave o de una enfermedad.

—¡Increíble! ¿Cómo funciona?

—Intentaré explicártelo simplificando al máximo los conceptos, y así te harás una idea.

Jethro bajó las lunas de las dos ventanas, para que entrara el aire fresco, y *Jack* asomó el hocico fuera del *Wrangler*.

—Te escucho...

—Un aparato semejante a un electrodo se inserta por debajo del cráneo, cerca del área de la corteza cerebral que gobierna el lenguaje. El electrodo capta los impulsos

del cerebro y, gracias a un microordenador y a un programa de síntesis de voz, transforma los pensamientos del sujeto en palabras.

—¡No me lo puedo creer! Y ¿por qué no se ha hecho pública todavía esa información?

—Los medios ya están hablando de ello, pero hay demasiados intereses en juego y mucho miedo generado por las posibilidades del descubrimiento. Como siempre, todo tiene un precio, y existen pros y contras. Pero no me dejo intimidar y sigo luchando para mejorar la vida de las generaciones futuras. Es el objetivo que me he fijado. Les da sentido a mis días y me hace sentir bien.

—Siempre has sido un visionario. Y yo siempre te he envidiado por eso. Desde el momento en que te conocí, admiré tu capacidad para creer en las misiones imposibles.

—¡No mientas! —lo interrumpió Jethro—. Tú me considerabas un ingenuo... Lo recuerdo perfectamente.

—Al principio me costó catalogarte, es cierto. Aunque te graduaste con todos los honores en la London School of Economics, no apreciaba suficientemente tu mentalidad matemática y no te consideraba capacitado para el cálculo. Quizá fuera por tu vocación humanística o por tu naturaleza incorruptible. De hecho, nunca pensé que pudieras tener éxito en el mundo de las finanzas.

—Ya lo sé.

—Estaba equivocado. Al final, tu estrategia ha resultado ganadora. Has comprado participaciones en las principales multinacionales, has invertido en empresas que todos daban por acabadas y has logrado reflotarlas. ¿Cuánto valen ahora? ¿Cien, ciento cincuenta, mil veces más que antes? —Bruce suspiró—. Lamento mucho que tu imagen sea la de un lobo de las finanzas y no la de un emprendedor que utiliza la especulación para garantizar un futuro a la investigación. No has cambiado. Eres el mismo de siempre, íntegro, sincero y honesto, el amigo por el que cada día